

Cueva de los Moros 1 de Gabasa (Peralta de Calasanz)

LOURDES MONTES RAMÍREZ

Se trata de una pequeña cavidad con dos salas, situada a 780 m. de altitud en un farallón vecino al núcleo de Gabasa, con una magnífica orientación al sur-sureste. La sala exterior, vaciada por el hombre y las aguas, no conserva restos arqueológicos; el yacimiento se localiza exclusivamente en la sala interior. Forma parte de un conjunto de cavidades con restos prehistóricos y medievales localizado por Mariano Badía. La llamada Cueva de los Moros 1 fue excavada en 7 campañas intercaladas entre 1984 y 1994, bajo la dirección conjunta de P. Utrilla primero con V. Baldeu (hasta 1985) y posteriormente con L. Montes.

La cueva de los Moros presenta una estratigrafía bastante potente (en ocasiones alcanza los 4 metros de espesor) que recoge una sucesión de 8 niveles (del *a* al *b*), relacionados todos ellos salvo el estéril nivel *b*, con la cultura Musteriense, propia del Paleolítico Medio. El estudio sedimentológico muestra una alternancia de condiciones frescas y atemperadas durante la formación de los niveles intermedios del depósito, mientras que los extremos *-a* y *b-* serían fríos (Hoyos *et alii*, 1992). La pa-



Situación de la cueva de los Moros I de Gabasa (señalada por la fecha blanca) sobre la cabecera del río Sosa



Algunos de los restos humanos de Gabasa: metatarsianos (arriba), premolar superior y molar inferior (centro) y clavícula (abajo) de *Homo neanderthalensis*

linología corrobora en lo esencial esta caracterización climática, salvo en lo tocante al nivel más reciente, el *a*, que según los pólenes conservados en coprolitos (excrementos fósiles) de hiena sería templado (González-Sampérez *et alii*, 2003). Las siete dataciones obtenidas en los laboratorios de Groningen (C14 convencional: 1) Miami (C14 AMS: 1), y Oxford (C14 AMS: 5) nos permiten insertar la curva paleoclimática en el Würm antiguo, dentro del Estadio Isotópico 3: las fechas obtenidas van del >39900 BP del nivel *a* hasta el >50700 BP del nivel *g*, quedando sin datar la ocupación más antigua, el nivel *b* (Montes *et alii*, 2000).

Se trata pues de un asentamiento del Hombre de Neandertal, del que se han recuperado en diferentes niveles algunos restos humanos (molares, clavícula, falanges...), por el momento los únicos de esta especie y los más antiguos restos antropológi-

cos datados en Aragón. Los huesos parecen pertenecer a pequeños grupos familiares: se ha podido determinar la presencia de un niño, una joven (sexo probable) y dos adultos (quizás una mujer entre ellos). Los huesos humanos aparecieron siempre entremezclados con los vestigios de fauna, desechados al parecer sin cuidado, y quizás alguno de ellos aportado por los carnívoros. En cualquier caso, la ocupación estacional de la cueva por parte de hienas de las cavernas, podría haber borrado cualquier vestigio de un depósito humano ritual. En ninguno de los huesos hay marcas que permitan hablar de prácticas caníbales como las supuestas en otros yacimientos neandertales (Lorenzo y Montes, 2000).

En cuanto al instrumental recuperado, los restos líticos analizados hasta el presente, más de 1.500, relacionan estas industrias con la *facies* (variedad) “Típica, rica en raederas” del Musteriense: esencialmente son conjuntos numerosos de raederas y lascas sin transformar, amén de pocas pero muy buenas puntas, y núcleos apenas explotados. En los dos niveles más recientes (*a* y *c*) aparece un cambio tecnológico y tipológico (aumento de determinados cuchillos de dorso) que se refleja en un artificial incremento del Grupo de los útiles del Paleolítico Superior: estas industrias podrían encajarse en un Musteriense de Tradición Achelense de tipo B (Montes, 1988; Utrilla y Montes, 1993).



Conjunto lítico de Gabasa: raederas y punta musteriense (en el centro)

La magnífica colección de fauna estudiada por Fernanda Blasco (1995 y 1997) presenta más de 20.000 restos, de los que más de la mitad son reconocibles. Entre ellos se han diferenciado al menos 23 especies de mamíferos diferentes: 9 ungulados (caballo, asno salvaje, gran bóvido, rinoceronte, ciervo, cabra pirenaica, sarrío, corzo y jabalí); 10 carnívoros (oso, hiena, león y lince de las cavernas, pantera, león, lobo, cuón, zorro y gato silvestre), 2 mustélidos (tejón y turón) y 2 lagomorfos (conejo y liebre). Además, se han identificado 20 especies de aves y un importante conjunto de microfauna.

El estudio tafonómico (alteraciones *post-mortem*) de estos restos de fauna, su distribución espacial en el yacimiento y la relación con los artefactos humanos, sugieren una pauta de utilización alternativa de la cueva por parte del hombre y de los carnívoros: así el hombre, que cazó sobre todo caballos y ciervos jóvenes debió ocupar la cueva en verano mientras que los carnívoros, cuyas marcas de presa están presentes sobre los huesos de cabra, siempre en ejemplares adultos, ocuparían la cavidad en invierno. Sabemos que los cervatillos y potrillos fueron cazados por el hombre por las evidentes marcas (ranuras, estrías...) que dejaron los instrumentos de sílex sobre sus huesos, durante el procesamiento de las presas. Eso sí, es imposible de momento determinar qué cadencia (en un mismo año o en años diferentes) seguía esta alternancia de ocupación (Blasco *et alii*, 1996).

En resumen, se trata de un magnífico yacimiento que a tenor del tipo de fauna localizado (predominio de cabra, caballo y ciervo sobre los demás herbívoros y variedad de carnívoros entre los que destaca la hiena de las cavernas) y de la industria lítica recuperada, es interpretado como un alto de caza especializado en el abatimiento de caballos jóvenes y ciervos. El tratamiento posterior de estas presas (troceado, deshuesado, preparación de las pieles), se haría con el poco variado pero muy abundante material lítico recuperado, lo que explica la extracción *in situ* de las lascas a partir de los núcleos aportados, y la mínima transformación de estos soportes en tipos específicos, puntas y raederas, que serían traídos ya elaborados. Los hombres alternarían de forma estacional la ocupación de la cueva con otros depredadores, especialmente la hiena de las cavernas y los lobos, que utilizaron el lugar como cubil y cuya presa fundamental debieron ser las cabras. La falta de hogares estables, aunque sí muchos carboncillos dispersos por el sedimento y la no eliminación de los clastos (fragmentos angulares de rocas), a veces de gran tamaño, debían hacer muy incómodo el asentamiento, lo que explica la ocupación estacional de un lugar mínimamente acondicionado. Ello justifica el estado de conservación de la fauna, realmente extraordinario, ya que los hombres apenas consumieron aquí una parte mínima de lo cazado, por lo que los huesos abandonados aparecen sin machacar al no haberse extraído el tuétano.